

Dr. Orlando Pereira

Una vida ejemplar

En este mismo número de *Noticias* el Dr. Muzio Marella hace una semblanza y traza un itinerario vital de Orlando Pereira con motivo de la muerte del querido colega. Muzio fue el amigo de todas las horas y cumple con mucha solvencia la tarea. Nosotros sólo queremos decir unas palabras desde otros ángulos.

Puede parecer redundante que el SMU se extienda en estos aspectos, y sin embargo creemos necesario que se realicen jornadas exclusivas para analizar personalidades de las dimensiones de Orlando Pereira y la de otros grandes. Analizar la vida y el pensamiento de hombres como Orlando, como Gomensoro, como Morquío, puede traer luz y oxígeno a nuestro gremio, que hoy trastabilla tantas veces en encrucijadas ético-gremiales.

Quien escribe estas líneas tuvo el privilegio -sí, hay privilegios que no deben ni pueden abolirse-, de conocer a Orlando Pereira en 1948, pero tuvo además la suerte de ser un amigo desde ese año, y a pesar de prolongadas ausencias hasta su muerte.

Si todas y cada una de las vidas humanas es singular, quizá pueda deberse entre otras cosas a que la óptica con que cada uno de nosotros ve a sus semejantes es individual, también singular. Puedo dar aquí simplemente mi visión sobre Orlando Pereira. Es una visión de casi cincuenta años, algunos de ellos muy próximos físicamente (siempre muy cercanos en la ideología gremial).

Lo vemos en la calle San José, la matriz de nuestra vida gremial, como delegado de los estudiantes al Consejo de la Facultad de Medicina, junto a Helvecio Tabárez, rodeado de todos aquellos venerables mayores o sólo un poco mayores que empezábamos a considerar como los maestros de una materia que no figuraba en el currículum de la Facultad. Lo vemos con su entusiasmo, su verborragia estimulante, a pesar de su repetida muletilla, la sinceridad borboteando no sólo en el discurso apasionado en la comisión directiva sino en la charla del café que

nunca rehuía en las horas de la madrugada. Entonces empezamos a conocer a Orlando Pereira, médico devoto de sus enfermos, cirujano que hasta el fin de sus días fue primero amigo, después médico y por último cirujano, posponiendo la técnica por la que también y mucho se entusiasmaba a la curación y pensando por ello terapéuticas siempre con una honradez y lealtad hacia el paciente conmovedoras. Entonces empezamos a conocer una de las tres cualidades de Orlando que a lo largo de la vida se nos fueron mostrando con luminosa evidencia: su probidad.

La casa de altos de la calle San José nos oblitera otros recuerdos si no mencionamos que nuestra inquietud juvenil nos llevó a conocer, tratar y en muchos casos admirar y querer a los delegados estudiantiles (médicos entonces) Panizza y Tiscornia que les precedieron, Morquío y García Austt, Gómez Haedo e Israel Crespo y después los dirigentes Caldeyro Barcia, Jorge Boutón, Efraín Margolis, Ariel Sclavi, el Vasco Ormaechea, Kempis Vidal, Carlos Mendilharzu, Gregorio, Juan Antonio y Luis Eduardo Folle, Dante D'Ottone, Acosta Ferreira, Enrique Griñó. Después vino una generación, de contemporáneos nuestros, con quienes no sólo mucho aprendimos sino que en ella tuvimos amigos para toda la vida. Ya habiéndose mudado la AEM a la calle Andes todavía concurría Orlando a charlar sobre sus experiencias en Rivera. Aquellos compañeros, cuyos nombres se nos aparecen ahora en libre e involuntaria asociación de ideas, en su mayor parte, de una u otra manera, se formaron en aquel plasma gremial que con tanta justeza representó Orlando Pereira.

Orlando Pereira es para el autor de estas líneas uno de los exponentes de una edad de oro, podría decirse, del gremialismo que aprendimos en la AEM de entonces, pero que, desde luego, ya existía y del que aún quedan representantes valiosos.

En los últimos tiempos tratamos

mucho a Orlando Pereira. En el equipo quirúrgico del CASMU, en muchas y muchas operaciones quirúrgicas, en la Comisión Fiscal del SMU, con el ecuaníme Cirilo, y sobre todo en los últimos años en un círculo privilegiado al que ingresé por obra y arte de Federico Gilardoni, integrado además de los nombrados por Walter Venturino y Muzio Marella. A riesgo de la severa reprimenda de Federico hago públicos los nombres de una cofradía imposible de justificar si no es por el afecto. No tuvo otro fin que ese sentimiento y me permitió comprobar todo lo que yo ya sabía de Orlando Pereira: su probidad, generosidad y modestia fueron el motor de su vida, el entusiasmo era su modo de expresarse. Su profunda fe católica fue la base de su ética gremial.

Trabajó mucho, pero quizá tanto como ello soñó. No adquirió bienes materiales, pero conquistó el afecto de un pueblo y el respeto y el cariño de sus colegas. A quienes no actuaban como él los consideraba equivocados.

Fue probo porque siempre vivió como pensaba y decía que se debía vivir.

Fue generoso porque se dio sin especulación ni cálculo en todo su actuar.

Fue modesto porque siempre elogió a los demás. (Recordamos muchas anécdotas en este sentido.)

Los últimos años tuvo quebrantos de salud. A ellos atribuimos algunos amigos la disminución de aquel avasallante entusiasmo del Orlando Pereira de décadas atrás. Sin embargo, muchas veces veíamos resurgir el Orlando de otrora y entonces pensábamos si su actual contemplativa posición no era fruto, más que de su personal biología, de su estupefacta comprobación de que había valores de su fe católica y su gremialismo militante que habían cambiado o se pretendían cambiar en formas que rechazaba o no comprendía. ■

Dr. Victoriano Rodríguez de Vecchi
17 de junio de 1996